



Marco Aurelio Larios: *Barrio Santa Tere. Retrato de un adolescente*. México, Rayuela, 2018.

El barrio de Santa Tere, ubicado al poniente del centro de la ciudad de Guadalajara, en México, es el escenario y el principal eje de composición literaria de la novela del escritor jalisciense Marco Aurelio Larios; de este, el autor tiene pleno conocimiento por ser de ahí originario, según se deriva de las experiencias personales descritas en la novela, así como de algunas fotografías que acompañan al relato. Sin embargo, la construcción del espacio no viene dada solo de la descripción de la escuela, la iglesia, la plaza, y todos los sitios donde los personajes se congregan, sino de la esencia de los individuos que lo habitan, con sus normas estrictas, con sus dramas cotidianos, sus sueños y sus desengaños. Todo ese panorama narrativo está contenido en el barrio de Santa Tere; la realidad comienza y concluye dentro de sus límites, el mundo de allá afuera, que se presupone una ciudad de Guadalajara en expansión, se refiere apenas vagamente.

Sin embargo, el espacio no es el eje único de la novela, por lo menos existen otros dos vinculados con las líneas del tiempo que tejen la ficción: la cronología religiosa y el tiempo de la pulsión vital. La vida del barrio se organiza a través de una serie de festividades religiosas ligadas con las actividades de la iglesia. Así lo evidencia el nombre de la novela, Santa Tere, la patrona del barrio, que es la que impone los ritos religiosos —y por oposición, por rebeldía, también los profanos— de quienes la habitan.

La cronología de las fiestas religiosas es delimitada y jerárquica. Está dada de antemano, señalada por años de tradición y de culto. No así el tiempo del ritmo vital, el que marca el conocimiento y descubrimiento de los protagonistas de la novela: Lancaster, Roberto Díez, Alfredo Ramírez, Marco A., y las muchachas del barrio, que se atraen y se repelen en un juego eterno de reconocimiento y seducción, confusión, atracción y rechazo. Son los años de las primeras pulsiones del deseo, la transición de la niñez a la adultez que está marcada por los cambios físicos y anímicos de una acelerada transformación interna y externa.

De este grupo de personajes sumamente distintos destaca Lancaster, el más atractivo y arrojado, el más deseado por las muchachas y admirado por los jóvenes, el cabecilla de las aventuras más osadas, como besar a una indecisa Margarita que recibe su primer beso frente al grupo de adolescentes que mira con

expectación y deseo intenso el suceso más revelador de esta época. En contraste, Marco A. es un joven apocado, devorador de libros, tartamudo, tímido en apariencia, porque logrará después de muchos años, a través de esta novela, articular un lenguaje que quizás alguna vez se le escapó, pero que ahora controla con soltura y desparpajo. Por supuesto que en esta novela la huella de su autor es muy notoria, no existe un deseo de ocultamiento ni de transfiguración en el que medie la experiencia del autor y la construcción de un narrador, existe más bien un coqueteo permanente, un escarceo entre la reconstrucción de la vida y el planteamiento meramente ficcional. No puedo considerar a *Barrio Santa Tere* como una novela estrictamente biográfica, pues el uso de un cierto grado de ficción hace que la novela pueda ubicarse en cualquier otro barrio católico de una ciudad semejante a Guadalajara, dado que corresponde a un micro universo que se reproduce en muchas partes de México: todas las provincias tienen un barrio de Santa Tere, varios Lancaster, Rosalindas, Rosalbas, e incluso varios Marco A. que podrían reconocerse en esta escritura.

Al leer *Barrio de Santa Tere* fue inevitable que pensara en ciertas referencias ancladas en la literatura mexicana, obras que han precedido a la novela de Marco Aurelio Larios y han abordado desde distintas perspectivas temas semejantes. Una de ellas es *Nueva burguesía* (1941), donde el también escritor jalisciense Mariano Azuela describe con soltura los nuevos barrios habitados por una clase social emergente en la Ciudad de México, tras el periodo de estabilización posterior a la etapa revolucionaria. *Nueva Burguesía* y *Barrio Santa Tere* comparten en común un personaje marginal que funge como conciencia popular. Bartolo en *Nueva Burguesía* y Miguelón en *Barrio Santa Tere* son productos endémicos populares del barrio, representan una metáfora compleja y brillante de su entorno. Una característica los une es la pobreza lacerante que los hace ser reflexivos, curiosos, hombres que intuyen lo que hay más allá de los límites del barrio. En el caso de Miguelón, el novelista tuvo un gran acierto al haber mezclado su drama terrible, desesperante, con un certero manejo del humor. La experiencia de Miguelón no es solo un melodrama, ni una apología del vicio, sino una perspectiva autocrítica de una desolación asumida.

Al volver a las referencias literarias que esta novela me despierta es inevitable que piense en *Las batallas en el desierto* (1981) de José Emilio Pacheco, gran novela mexicana clásica del despertar erótico y sentimental del joven Carlos, indefenso ante la hostilidad de un mundo adulto, que castiga y reprime severamente cualquier acto transgresor, aunque sea mínimo. En el capítulo 44 de *Barrio Santa Tere*, en la escena en la que Marco A. recrea cuando el grupo de adolescentes juega en el patio de tierra, es inevitable pensar en el episodio con la que inicia *Las batallas en el desierto*, en ese campo de tierra donde se llevan a cabo las justas deportivas más importantes de los personajes, donde el honor se juega, pero que es al mismo tiempo un lugar para el recreo y la diversión. También es un microcosmos que permite ser momentáneamente un guerrero, un héroe, un

campeón o sencillamente un niño. Como representación de modelos masculinos, el campo de juego es una metáfora de la interacción social, un mundo de varones completamente cerrado donde desaparece el límite de la individualidad para reconocerse en la colectividad.

Por último, *Barrio de Santa Tere* evoca también la novela breve *El solitario Atlántico* (1958) de Jorge López Páez que es un retrato de una sociedad conservadora y de un joven individuo en crisis. De los protagonistas de esta breve pero complicada novela se desprende una ingenuidad permanente, que no puede ser demolida ni por la corrupción más severa del mundo exterior. Y en ese sentido, tiene mucho que ver con esta novela de Marco Aurelio Larios, pues sus personajes, aunque se encuentren en contacto con la contaminación del mundo moral de los adultos, de sus compromisos y sus deficiencias, siguen manteniendo una inocencia casi natural, como si esta los protegiera de los embates de la realidad.

Al leer *Barrio Santa Tere* me queda claro que sería injusto clasificarla únicamente como una novela barrial, una obra de pasaje o simplemente el testimonio biográfico del autor sobre el barrio donde siempre ha vivido, pues el autor también ejerce una crítica social a ese sistema, es un documento que recoge y reconstruye el pulso de una comunidad, y, por lo tanto, es una obra de gran vivacidad y dinamismo. El autor tuvo la habilidad de trazar el retrato de la colectividad, filtrarlo a través de su memoria, y concederle a cada elemento su sitio justo para crear un microcosmos verosímil donde es importante saber que el barrio de Santa Tere existe, pero que también podría ser un espacio de ficción. Cuarenta y cuatro años después, el autor cumple la promesa de escribir y publicar el relato que prometió sobre él y sus amigos; y yo lo he leído como alguien que no conoce Santa Tere ni a los personajes originales, pero que se reconoce plenamente en la narración, y en eso se cifra, finalmente, el valor de esta ágil escritura de madurez vital y narrativa.

Marisol Luna Chávez

Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca